

The Christmas Sand Clock
El Reloj de Arena de Navidad



(Narrator, a traveling minstrel:) Come gather round the Christmas tree, for I have a story for you.

It is Christmastime, the time of giving. The wise men gave gifts to Jesus, the shepherds gave their love and praise, the innkeeper gave his stable, and most of all ... God gave His Son to us. And this story is all about just that—giving.

Preparations

Count Helmut von Steinhausen lived with his wife the countess, some 200 years ago, outside the city of Winkitz, Germany. The count's castle overlooked his fruitful vineyards basking on the gentle slopes of Saxony. Under his protection were some 20,000 people in surrounding villages.

It was early December, a time when the count usually met with his advisors to plan goals for the coming year. Many problems faced them—the biggest one was whether they would escape Napoleon's armies. Would their tiny land also be swallowed by the war spreading through Europe?

(Narra un trovador viajero:) Vengan, reunámonos alrededor del árbol de Navidad. Les voy a contar una historia.

Es época de Navidad, un tiempo para dar. Los reyes magos le hicieron regalos a Jesús, los pastores dieron su amor y alabanzas, el posadero ofreció su establo y más que nada... Dios nos dio a Su Hijo. Y esta historia trata precisamente de ese tema: la generosidad.

Los preparativos

Hace unos doscientos años el conde Helmut von Steinhausen vivía con su esposa en las afueras de la ciudad de Winkitz, Alemania. El castillo del conde tenía vista a sus fructíferos viñedos que disfrutaban de los rayos del sol en las poco pronunciadas cuestas de Sajonia. Bajo su protección había cerca de 20.000 personas en los pueblos aledaños.

Corría principios de diciembre, época en que el conde normalmente se reunía con sus consejeros para planificar metas para el año siguiente. Enfrentaban muchos inconvenientes. El mayor de ellos era si escaparían de los ejércitos de Napoleón. ¿Sería también su pequeña tierra absorbida por la guerra que se propagaba por Europa?

One of his advisors asked nervously, “How will we pay for an army to defend ourselves?”

Another suggested, “You must raise taxes on the villagers.”

The count looked out of his window, deep in thought, then said, “That I will not do. The villagers have enough burdens.”

“But sire, our coffers are dangerously low.”

The count answered, “The Lord has blessed me with fertile vineyards that produce good table wine. I live comfortably off the sale of my wine. God has given me riches to share—not to hoard.”

Uno de sus consejeros preguntó con nerviosismo: —¿Cómo haremos para pagar a un ejército que nos defienda?

—Usted tiene que aumentar los impuestos al pueblo —sugirió otro.

El conde miraba por la ventana, pensativo, luego dijo: —Eso no lo haré. La gente del pueblo ya tiene suficientes cargas.

—Pero señor, nuestras arcas están en un nivel peligrosamente bajo.

El conde respondió: —Dios me ha bendecido con unos viñedos muy fértiles que producen un buen vino de mesa. Vivo cómodamente de la venta de mi vino. Dios me ha dado riquezas para compartirlas, no para acapararlas.



Just then the countess burst into the room. “Enough talk of business! We must begin our preparations for the Christmas party!”

“Right!” the count said affectionately to his wife. “This is the time when love can shine the brightest. Let’s make the most of it.”

Then the count turned to his counselors and asked, “Have the village elders given you the guest list yet?”

One replied, “Not yet, but I could supply you with a list of the wealthiest families in our realm. It would be wise policy to invite them, sire.”

“My good man, try to understand,” the count answered. “We will do as we have always done, and invite the orphans, the disadvantaged, the handicapped, the disabled, and the poor.”

The castle became a beehive of activity, preparing for the grand celebration. The countess was like a conductor, directing the servants in their preparations. Banners of green were draped, the brass fittings were polished, apple and mince cakes were baked, and the castle was cleaned from the roof to the basement.

En ese momento irrumpió la condesa en la sala. —¡Ya hablaron bastante de negocios! ¡Debemos iniciar los preparativos para la fiesta de Navidad!

—¡Así es! —le dijo cariñosamente el conde a su esposa—. Esta es la época en que el amor puede brillar más que nunca. Aprovechémosla al máximo.

Seguidamente el conde se dirigió a sus consejeros y les preguntó: —¿Ya les han entregado los ancianos del pueblo la lista de invitados?

Uno de ellos contestó: —Aún no, pero podría conseguirle una lista con el nombre de las familias más adineradas de nuestro reino. Sería prudente invitarlas, señor.

—Buen hombre, trate de entender —respondió el conde—. Vamos a hacer como siempre hemos hecho. Invitaremos a los huérfanos, a la gente desfavorecida, a los minusválidos y a los pobres.

El castillo bullía de actividad en preparación para la gran celebración. La condesa dirigía a los sirvientes en los arreglos y preparativos. Se colocaron banderas verdes, se sacó lustre a los accesorios de bronce, se hornearon pasteles de manzana y de frutos secos y se limpió el castillo de arriba abajo.

The Christmas Party

It was Christmas Day, and the courtyard was filled with the sound of excited children. A trumpet sounded and a herald announced, “The people have arrived.”

The count stood at the door. “Show them in!” he called. The massive oak doors were opened and the children filed in, bowing to the count and countess as they entered.

After everyone had arrived, the count called for the beginning of the festivities, and the band of minstrels came to life with the bouncy tunes of fiddles and horn. There were games of bobbing for apples, blind man’s bluff, and “Who am I?” All kinds of other festive merriment followed.

Then it was time to open the presents. The count climbed on the raised platform and tapped on a glass to get everyone’s attention.

“Merry Christmas, everyone! May I offer a blessing for you at this time?”

The people nodded.

La fiesta navideña

Era el día de Navidad. En el patio se oían los niños entusiasmados. Sonó una trompeta y un heraldo anunció: —Han llegado los invitados.

El conde estaba de pie en la puerta. —¡Háganlos pasar! —dijo. Se abrieron las inmensas puertas de roble y los niños se pusieron en fila y al entrar hacían una venia al conde y a la condesa.

Luego de que todos llegaran, el conde pidió que comenzaran las actividades. Los trovadores empezaron a interpretar alegres melodías con violines y cornetas. Hubo juegos como el de atrapar con los dientes manzanas que flotan en agua, la gallina ciega y *¿Adivina quién soy?* Luego siguieron toda clase de festejos.

Después llegó el momento de hacer entrega de los regalos. El conde subió a la plataforma e hizo sonar un vaso para llamar la atención de los presentes.

—¡Feliz Navidad para todos! ¿Está bien si hago una oración por ustedes?

La gente asintió con la cabeza.

“Very well then.—May your gifts be as a precious diamond or ruby, so that wherever you go, you will bring light to others. May your gifts supply all your needs and bring you before great men. May you experience the joy of giving, as I do tonight. So may you prosper and be blessed. Amen.”

A curly-haired, eight-year-old boy named Gunter was the first to approach the count, and tugged at his sleeve. “Do you have a present for me?”

“Gunter? Oh yes, let’s see. Here it is,” said the count as he handed a package to Gunter. “But before you open it, can you guess what’s inside? The label is a riddle in a poem, and a clue for how you can use this present.”

The boy read in a loud, clear voice.

“I’m straight as a knife.

Use me to bring joy to life,

Release the shape sleeping in the wood.

Use your talent only for the good.



—Muy bien. Que sus regalos sean como preciosos diamantes o rubí, de modo que adondequiera que vayan, puedan llevar luz los demás. Que sus regalos provean para todas sus necesidades y los lleve delante de grandes personas. Que puedan experimentar el gozo de dar, como lo hago yo ahora. Que sean prosperados y bendecidos. Amén.

Un niño de ocho años y pelo rizado llamado Günter se acercó al conde y tiró de su manga. —¿Tiene un regalo para mí?

—¿Günter? Ah, sí, déjame ver. Aquí está —dijo el conde mientras le pasaba un paquete a Günter—. Pero antes que lo abras, ¿adivina qué hay dentro? La etiqueta es una adivinanza en forma de poema. Contiene una

pista para que sepas cómo utilizar este regalo.

El niño leyó con en voz alta.

Soy rígido como un cuchillo.

Empléame para alegrar la vida.

Hay una figura en la madera dormida.

Utiliza tu talento solo para el bien, mi niño.

“Hmm ... a woodcarving set?” he asked. Unable to wait a second longer, he tore open the paper. In the package was a fine set of tools.

“Thank you, sire,” Gunter said.

“Is there a Hans Adam here?” the count called out as he read another label on a present. A seven-year-old boy with blond hair and deep blue eyes came forward.

“I’m Hans, sire,” he said with his hands open to receive the box.

“It’s your turn. Can you guess from this riddle what’s inside your present?”

He read:

*“We’re like the colors of a
rainbow;
Share beauty you’ve seen
So others feel what you know.
May your vision be keen.”*

Hans was so eager to see what was inside that he started tearing at the wrapping paper without even trying to guess. He then exclaimed, “A paint set! Oh, thank you!”

The count noticed that Hans’ nose was running, and bent down to wipe it with his handkerchief. “You poor child. You must dress more warmly.” The count ordered extra clothes and blankets to be prepared and sent back with the children when they returned to the orphanage.

—A ver... ¿es un juego para tallado en madera? —preguntó. No pudiendo aguantar ni un segundo más, el niño rompió el papel y en el estuche encontró un buen juego de herramientas.

—Gracias, señor —le dijo Günter.

—¿Hay aquí un Hans Adams? —preguntó el conde mientras leía otra etiqueta de un regalo. Un niño de siete años, de cabello rubio y profundos ojos azules dio un paso al frente. —Señor, yo soy Hans —dijo con las manos estiradas para recibir una caja grande.

—Es tu turno. Adivina con el siguiente acertijo lo que hay en la caja.

El niño leyó:

*Como los colores de un arco iris
somos.*

*Comparte con otros la belleza que ves
para que tu sentir transmitas a otros
y tus ojos vean con nitidez.*

Hans estaba tan ansioso por ver lo que había dentro que empezó a romper el papel de regalo que envolvía la caja sin siquiera tratar de adivinar el acertijo. Entonces exclamó: —¡Un juego para pintar! ¡Uy, gracias!

El conde notó que el niño tenía catarro nasal y se agachó para sonarle la nariz con su pañuelo. —Pobre niño. Debes vestirte más abrigado. El conde ordenó que prepararan ropa y frazadas extras para que los niños las llevaran consigo de vuelta al orfanato.

As the evening wore on, many other children were called up, and each was given a present. Gisele, a blond nine-year-old, came forward when her name was called. She read her card slowly:

*“Let cloth be so formed,
That others may be warmed.”*

“Oh my! This must be a sewing set.” She answered correctly.

The gifts continued to be handed out till the time came for the last one. A small blind boy came to the front, and his friend read his card:

*“If you have patience from the start,
You’ll soon play music from your heart.”*

He guessed it was a musical instrument, and by feeling it with his hands, he discovered that it was a horn. One of the minstrels knelt down and showed the boy how to hold his fingers correctly and how to blow into it. The horn made a shrill shriek, and all the children laughed.

“Don’t worry,” the musician said. “My first note on the horn sounded like that too. I will come to your orphanage and teach you, if you would like to learn.”

“Yes, I would like that very much,” the boy said shyly.

Con el paso de la tarde se fue llamando a muchos otros niños y a cada uno se le entregó un regalo. Una niña rubia de nueve años llamada Gisela se acercó cuando escuchó su nombre. Se le entregó un obsequio y leyó su tarjeta lentamente:

*Que confeccione de tal modo la ropa
para que abrigada esté la tropa.*

—¡Uy! Esto debe ser un costurero —respondió la niña correctamente.

Se entregaron los regalos hasta que le llegó el turno al último niño. Se acercó al frente un pequeño niño ciego y su amigo leyó por él la tarjeta:

*Si tienes desde un comienzo paciencia,
tocarás música con magnificencia.*

El niño adivinó que se trataba de un instrumento musical. Al tocarlo con sus manos descubrió que era un cuerno musical. Uno de los trovadores se inclinó y le mostró al niño cómo poner los dedos y cómo soplar correctamente. El cuerno hizo un sonido chillón y estridente y todos los niños se pusieron a reír.

—No te preocupes, amiguito —le dijo el músico —. Mi primera nota con el cuerno sonó igual que eso. Si te gustaría aprender, puedo ir al orfanato a enseñarte.

—Sí, me encantaría —dijo el niño con timidez.

All to Ruins

And so they enjoyed many Christmases in this way, until the day that disaster struck. It was the head gardener who announced the news, running into the courtyard, out of breath. “Master, the invading army is approaching!”

The count was startled. “What? What army? What are you talking about?”

“Napoleon’s army. The Prussian army is burning everything in its path to prevent the enemy from getting any food or help! Our vines will certainly be turned to ashes. What can we do?”

“At least we must not let the palace be burned down. Get as many men as you need and clear an area far enough away so that the fire will not be able to reach us.—And then we shall pray for a miracle. Maybe the fire will not come our way, if the wind is in our favor.”

Soon, everybody was working furiously, pulling up vines and clearing an area around the building with shovels and pickaxes.

The fire caught quickly on the vines and spread down like a fire-breathing dragon, consuming everything in its way.

Todo quedó en ruinas

Y así disfrutaron muchas navidades hasta el día en que ocurrió la catástrofe. El jardinero jefe dio la noticia; cruzó el patio corriendo y casi sin aliento exclamó: —¡Patrón, se acerca el ejército invasor!

El conde se sobresaltó. —¿Qué? ¿Qué ejército? ¿De qué hablas?

El ejército de Napoleón. ¡El ejército prusiano está quemando todo a su paso para impedir que el enemigo consiga alimentos o ayuda! Seguramente convertirán en cenizas nuestros viñedos. ¿Qué hacemos?

—Al menos no debemos dejar que se incendie el palacio. Consigue todos los hombres que puedas y despejen un área lo bastante grande como para que las llamas no nos alcancen. Luego oraremos por un milagro. Si tenemos viento a favor, tal vez el fuego no llegue aquí.

Al poco rato todos trabajaban arduamente arrancando parras y despejando un área alrededor del palacio con palas y picos.

El fuego arrasó los viñedos avanzando como un dragón que despedía fuego consumiendo todo a su paso.

Living with Loss

The conquering army soon left in retreat, due to loss of other battles. The count and countess tried to make the best of things in spite of their losses. In the months that followed, they had to sell all their family treasures to survive. Gradually, as the money became scarcer, the castle fell into disrepair.

One day, after making his inspection tour, the gardener reported to the count, “The ballroom is not doing well, the roof has holes in it.”

“How bad?”

“Well, sire, it’s great for the pigeons who have made it their nesting place. But I’m afraid it will have to be closed. The plaster is cracked and the walls are crumbling. We could start a mushroom farm with all of the fungi thriving in the recesses from the leaks and...”

“Well, I appreciate your sense of humor, but seeing as there is no money for repairs, I suppose we will have to board the ballroom up. Which reminds me—I’ll have to dismiss all the servants today, I’m afraid we can’t afford their services any longer. I’m sorry to say I’ll have to let you go too.”

Aprender a vivir con pérdidas

Al poco tiempo el ejército conquistador emprendió la retirada por las derrotas que sufrió en otras batallas. A pesar de las pérdidas, el conde y la condesa procuraron sacar partido de la situación. En los meses que siguieron tuvieron que vender todos los tesoros y reliquias de su familia para sobrevivir. Poco a poco, el dinero se volvió más escaso y el castillo se deterioró.

Cierto día, luego de hacer su recorrido de inspección, el jardinero le informó al conde: —El salón de baile está en malas condiciones, el techo tiene huecos.

—¿Qué tan mal está?

—Bueno, señor, para las palomas que lo han convertido en su nidal está muy bien. Pero me temo que tendremos que cerrarlo. El enlucido está resquebrajado y las paredes están que se vienen abajo. Con la cantidad de hongos que están apareciendo en los huecos a causa de las goteras hasta podríamos tener champiñones y...

—Bien, aprecio su sentido del humor, pero al ver que no contamos con dinero para hacer reparaciones, supongo que tendremos que cerrar con tablas el salón de baile. Eso me recuerda que hoy tengo que despedir a todos los sirvientes. Me temo que ya no podemos darnos el lujo de contar con sus servicios. Lamento decir también que tendré que despedirte.

“Please, sire, don’t worry about that! I’ll stay on anyway.”

“But why would you want to do that?”

“Sire, there is more to do now than ever. I can’t just leave this beautiful place to ruin. Besides, it’s nice to know that I’m needed.”

Several months passed. Some villagers, whom the gardener called his apprentices, came to help him in his work.

One day the count heard banging and curiously asked the gardener, “What is all that noise?”

“Just fixing the leaks in the ballroom roof, good Count.”

“Perhaps I’ll come and take a look.”

“I wouldn’t recommend it, sire. It is much too dangerous!”

Life went on, and one day, the countess remarked to the count, “Well, we have managed to eke out an existence these last months, but I am afraid that we are running out of things to sell.”

“We just need to learn to live on less. I am sure that there is a bright spot in our lives right around the corner.”

“I’m sure you’re right,” said the countess.

—¡Señor, no se preocupe por eso! Me quedaré de todos modos.

—¿Pero por qué haría eso?

—Ahora hay más trabajo que nunca. No puedo dejar que este hermoso lugar se arruine. Además, es agradable saber que soy necesario.

Pasaron varios meses. Algunos aldeanos a quienes el jardinero llamaba sus aprendices vinieron para ayudarlo con el trabajo.

Un día el conde escuchó unos golpes y con curiosidad le preguntó al jardinero: —¿Qué es todo ese ruido?

—Buen conde, solo estamos arreglando las goteras que hay en el techo del salón de baile.

—Tal vez vaya a echar una mirada.

—No se lo recomendaría, señor.

¡Es demasiado peligroso!

La vida siguió su curso y un día la condesa le comentó al conde:

—Bueno, nos las hemos arreglado para ganarnos la vida estos últimos meses, pero me temo que nos estamos quedando sin cosas que vender.

—Lo que tenemos que hacer es aprender a vivir con menos. Estoy seguro de que a la vuelta de la esquina algo bueno hay para nosotros.

—Tienes razón —le dijo la condesa.

A New Kind of Christmas

Christmas was fast approaching, and the count was discussing with his wife what they could do for this magical holiday.

“One thing is certain,” said the countess, as she dragged her stool nearer to a little pile of burning sticks that they had gathered in a feeble attempt to stay warm. “We cannot have the children here at Christmas this year.”

“Why not?” he asked.

“Because we have nothing to give them,” she said. “We have nothing for them to eat, nothing to put on a tree, and no money to buy presents for them.”

Una Navidad diferente

Faltaba poco para la Navidad y el conde hablaba con su esposa acerca de qué harían para aquella mágica festividad.

—De algo estoy segura —dijo la condesa, mientras acercaba su banco a una pequeña pila de leña que habían juntado en un débil intento por calentarse—. Este año no podemos traer a los niños para Navidad.

—¿Por qué no? —preguntó el conde.

—Porque no tenemos nada que darles —contestó la condesa—. No tenemos comida para invitarles, ni nada que poner en el árbol ni dinero para comprarles regalos.



“True. But there were a few apple trees that escaped the fire. We could give some of our apples to the children —and singing doesn’t cost anything.”

“Then what will we have to eat?” She looked over at the count and, seeing his amused expression, immediately knew what he was thinking.

The countess continued, “But if you have made up your mind, I suppose there is no use in my saying anything more about it.”

“God will provide for us!” he replied with a chuckle.

So the count invited the children as he had always done, but explained in a letter:

“This Christmas will be different from past celebrations in our castle. Unfortunately, due to the great fire, we will not be able to give any presents. But that won’t stop us from having a joyous celebration of Christ’s birth in song. Please come and celebrate it with us.”

As Christmas Day dawned bright and white, Count Steinhausen and his wife remained happy in spite of their misfortune. As they were making their meager breakfast, they heard a noise in the distance. The countess looked out of the window to see where it was coming from.

—Es cierto. Pero unos cuantos árboles de manzanas se escaparon del fuego. A los niños podríamos darles algunas manzanas y cantar no cuesta nada.

—Pero entonces, ¿qué vamos a comer? —miró al conde y al ver su divertida expresión enseguida supo lo que pensaba.

La condesa prosiguió: —Si ya lo has decidido supongo que de nada servirá que siga hablando del tema.

—¡Dios proveerá para nosotros! —le contestó él con una sonrisa.

El conde invitó a los niños como acostumbraba hacerlo. No obstante, en su carta les explicó lo siguiente:

«Esta Navidad será diferente a las demás celebraciones realizadas en el castillo. Lamentablemente, debido al gran incendio, no estaremos en condiciones de entregar regalos. Pero eso no debería impedirnos que celebremos con alegría y canciones el nacimiento de Cristo. Les ruego que vengan y celebren con nosotros».

Navidad llegó. Amanecía el día brillante y blanco. El conde y su esposa estaban contentos a pesar de su infortunio. Mientras preparaban un sencillo desayuno escucharon un ruido a la distancia. La condesa miró por la ventana para ver de dónde venía.

She said excitedly to the count,
“They are coming!”

“Who is coming?”

“Don’t you remember? The children you invited!—And it looks like the whole village is with them!”

“What? I know I invited them, but I did not expect many ... or even any to come. There must be some mistake.”

“Come to the window and look for yourself!”

“Yes, I see them! And hear them too—there is a band of musicians leading them, and they are all dancing to a rousing tune! Get the gardener! Throw open the gate and let’s meet our guests!”

Soon the courtyard echoed with cheerful greetings of “Merry Christmas! Merry Christmas, everyone!” while the band still kept playing loudly.

“Come in, my dears!” the count cried out to the children. “I am glad to see you. I wasn’t expecting so many of you. I am afraid there is not much room for all of you. You see, the ballroom is under repair.”

“Please let us in, good Count!” they insisted.

“All right then, but don’t expect too much.”

—¡Están llegando! —le dijo emocionada al conde.

—¿Quién viene?

—¿No te acuerdas? ¡Los niños que invitaste! ¡Y parece que con ellos viene todo el pueblo!

—¿Cómo dices? Los invité, pero no pensé que fueran a venir muchos si es que alguno. Debe de haber un error.

—¡Acércate a la ventana y mira!

—¡Sí, los veo! ¡Y también los escucho, delante de ellos viene un grupo de músicos y todos vienen bailando al ritmo de una alegre tonada! ¡Llama al jardinero! ¡Abran las puertas de par en par para recibir a nuestros invitados!

Enseguida los alegres saludos de «¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad a todos!» hicieron eco en el patio mientras la banda tocaba a todo volumen.

—¡Pasen mis queridos niños! —dijo el conde a los pequeños—. Me alegro de verlos. No esperaba que vinieran tantos. Me temo que no hay mucho espacio para todos ustedes. Es que el salón de bailes está en reparación.

—¡Por favor, señor conde, déjenos pasar! —le insistieron.

—Está bien, pero no va a ser gran cosa.

“The ballroom! To the ballroom!” the children shouted.

“You do not understand. I have not been able to repair the ballroom for lack of money.”

Before he could say more, they pushed open the doors.

To his surprise, as they led him in by the hand, he saw that in the middle of the ballroom was a huge Christmas tree. He was amazed to find many presents underneath it. Everything was in perfect repair; even the floor shone with polish.

—¡El salón de baile! ¡Todos al salón de baile! —gritaron los niños.

—Es que no entienden. No he podido reparar el salón de baile por falta de dinero.

Pero antes de que pudiera decir más, ellos comenzaron a abrir las puertas.

Para su sorpresa y mientras ellos lo llevaban de la mano, el conde vio que en medio del salón de baile había un árbol de Navidad inmenso. Se quedó boquiabierto al ver que debajo del árbol había un montón de regalos. Todo había quedado perfectamente reparado y hasta habían sacado brillo al piso.



“Who is responsible for this?” the count asked. “Why, the ballroom looks even better than it did before!”

“Some of the boys that you gave tools to decided to return your favor,” the gardener said, pointing to his apprentices, who wore sheepish grins on their faces.

“So this is what you have been up to! How did you manage it?”

“We worked on it while you were away last week, visiting the poor in the nearby village,” the gardener explained.

“I am astounded!” the count exclaimed. “Thank you!” Then he turned to the others, “Where did you get this tree?”

“The forest gave it to us, and we who love you, give it to you!” they shouted with glee.

He looked around at all of the beaming faces. “My heart is too full of joy to speak,” he said.

As they led him by the hand closer to the tree, the count was surprised to discover that all the packages were for him and his wife. Each time he opened a present, all the children clapped and cheered. In the packages were each of the family treasures that the count and countess had had to sell in order to get by.

—¿Quién es el responsable de esto? —preguntó el conde—. ¡Vaya! ¡El salón se ve hasta mejor que antes!

—Algunos de los niños a los que usted les obsequió herramientas se ofrecieron a devolverle el favor —dijo el jardinero señalando a los aprendices que lucían tímidas sonrisas.

—¡Así que esto es lo que habías estado haciendo! ¿En qué momento lo hicieron?

—Hicimos el trabajo mientras usted estuvo ausente la semana pasada visitando a los pobres de un pueblo cercano —explicó el jardinero.

—No lo puedo creer —exclamó el conde—. ¡Gracias! —luego preguntó a los demás: —¿De dónde sacaron este árbol?

—¡Nos lo dio el bosque y nosotros que lo queremos se lo damos a usted! —gritaron con gusto.

Miró a su alrededor a todas las radiantes caritas. —Tengo el corazón tan embargado de gozo que casi no puedo hablar, — dijo el conde.

Mientras lo acercaban de la mano hacia el árbol, el conde se sorprendió al descubrir que todos los paquetes eran para él y su esposa. Cada vez que abría un regalo todos los niños aplaudían y gritaban vivas. En los paquetes estaban cada uno de los tesoros familiares que el conde y la condesa habían tenido que vender para sobrevivir.

The couple could not hold back their tears another moment, but there was more. One boy put a specially wrapped package in his hand with a note saying, “From All the Villagers of Winkitz.”

“We wanted to give you this sand clock for the years you have loved us and tried to help us, especially on Christmas Day,” said the messenger boy awkwardly as he read his carefully prepared speech.

Everyone cheered and clapped.

“Read the inscription on the bottom!” one of the children shouted.

The count read out loud:

*Life is a sand clock
of rich and poor;*

The sand flows not in vain.

*It is turned over
and filled once more—*

What you give returns again.

It turned out to be one of the most wonderful Christmases they ever had. As usual there was dancing and an abundance of games, and a fine feast from the food everyone had brought. There were splendid pies, great bowls of jelly, and tremendous fruit cakes for all to satisfy their appetites.

“Speech, speech!” everyone cried out as glasses were raised for a toast.

La pareja ya no podía contener las lágrimas por otro minuto, pero había más. Un niño puso en la mano del conde un paquete envuelto de un modo muy especial con una nota que decía: «De parte de todos los ciudadanos de Winkitz».

—Quisimos obsequiarles este reloj de arena por todos los años en que nos han manifestado su cariño y procurado ayudarnos, sobre todo en Navidad — señaló el niño mensajero con cierta dificultad, mientras leía el mensaje cuidadosamente preparado.

Todos aplaudían y aclamaban.

—¡Lea la inscripción que está al final! —gritó uno de los niños.

El conde leyó en voz alta:

*La vida se parece a un reloj de arena
donde hay ricos y pobres, y el cual se
llena al dársele vuelta. Así que,
hermano, cosecharás lo que has
sembrado.*

Aquella resultó ser una de las navidades más bellas que jamás habían tenido. Como siempre, hubo bailes y abundantes juegos y un banquete de la deliciosa comida que trajo cada uno. Y para satisfacer sus apetitos había unos pasteles espléndidos, grandes tazones de gelatina e inmensos pasteles rellenos de pasas, nueces y fruta confitada.

—¡Que hable! ¡Que hable! — gritaban todos, mientras alzaban sus vasos para hacer un brindis.

The count stood to try to put into words what he was feeling, “I cannot tell you how happy you have made us. With real friends like you, our tragedy has become a bridge to something better. It has brought us closer together.”

He continued. “Christmas is a time of giving. You have taught me that when we give to others, God will bless us in a special way. So I propose a toast—to the joy of giving!”

“To the joy of giving!” everyone shouted as they clinked glasses.

El conde se puso de pie y trató de expresar lo que sentía: —No encuentro palabras para decirles lo felices que nos han hecho. Con amigos de verdad como ustedes, la tragedia que nos sobrevino se ha convertido en un puente a algo mejor, pues nos ha unido a todos —el conde hizo una pausa y luego prosiguió:

—La Navidad es una época para dar. Ustedes me han enseñado que cuando damos a los demás, Dios nos bendice de un modo excepcional. Por eso, ¡propongo un brindis por la alegría de dar!

—¡Por la alegría de dar! — exclamaron todos los presentes al tiempo que entrechocaban los vasos.



*Cuentos bilingües
para niños –
www.freekidstories.org*

Story and art © The Family
International.